

HISTORIA Y LITERATURA

(HACIA CERVANTES)

POR

PAULINO GARAGORRI

En la recalcitrante juventud de sus quintos veinte años, recién estrenados, Américo Castro acaba de publicar un nuevo libro, *Cervantes y los casticismos españoles*, y la renovada tercera edición de otro, *Hacia Cervantes*, ambos, pues, centrados en el «raro inventor» que tan lucidamente ocupa la monarquía de nuestras letras. Es bien sabido que otro libro suyo, *El pensamiento de Cervantes* (1925), es tenido por obra capital para penetrar en profundidad en los designios del autor del *Quijote*, y así lo confirman, una vez más, Marcel Bataillon en su *Erasmus y España* (2.^a edición, ampliada, 1966, p. 784: «el más profundo análisis del pensamiento de Cervantes»), o Helmut Hatzfeld, en *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje* (2.^a edición, ampliada, 1966, p. xi: «entre los estudios ideológicos... va a destacar siempre el libro de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, y sus añadiduras posteriores en *Hacia Cervantes*»); sea ello recordado al lector a quien los argumentos de una u otra autoridad hacen peso (1). Los empeños cervantinos de Castro vienen, pues, de larga fecha, se han continuado sin interrupción y reaparecen ahora, unos intactos y otros corregidos y aumentados a esa «nueva luz» que Castro cree poder proyectar sobre los hechos de la historia española (2).

(1) Igualmente, JUAN LUIS ALBORG, en el capítulo «Cervantes», de su valiosa *Historia de la literatura española* (tomo II, Madrid, 1967, p. 189), tras recordar las interpretaciones de Unamuno, Ramón y Cajal, Bonilla, Ortega, Madariaga, Maeztu, escribe: «La auténtica innovación que aporta la crítica de nuestros días puede considerarse iniciada por el libro de Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*. Creemos que en este libro por primera vez se aborda a un mismo tiempo el estudio del contenido de la obra cervantina—no mediante aventuradas intuiciones, sino con rigurosa constatación textual—y lo que era aún más insólito: problemas estéticos que afectan a la génesis, composición y estructura de la novela; quiere decirse que se estudia el *Quijote* como creación de arte, con razones... Esta consideración estética de la novela que trata de comprenderla y valorarla como tal, y que lleva implicadas cuestiones fundamentales sobre la intencionalidad y conciencia creadora del novelista, ha sido ampliada en otros (posteriores) trabajos del mismo autor sobre el *Quijote*, que repetidamente hemos citado». Sin embargo, en algún caso, temo que Alborg no se compenetra con las interpretaciones de Castro; por ejemplo, cuando conjunta lo que denomina su «experencialismo» con el «voluntarismo» de Unamuno (p. 176, nota): olvida que frecuentemente *Duo si idem dicunt non est idem*.

(2) Los estudios contenidos en los citados libros abarcan desde «Cervantes y Pirandello» de 1924, hasta «Cervantes y el "Quijote" a nueva luz», de reciente

Porque de eso se trata: de la historia de los españoles, uno de los cuales fue Miguel de Cervantes, quien, por ventura, nos dejó muchos testimonios de su paseo por este mundo. Unos de su mano, otros de pluma ajena, todos son huella de su vida fungible. Para entender esa vida—esa vida y las actuaciones en que se fue realizando—sólo hay un camino seguro, aunque de nada fácil recorrido: la reviviscencia de cómo fue vivida por el propio Cervantes. La empresa de Américo Castro—en la que el tema cervantino es un ejemplo—es tan ardua que los malentendidos que suscita parecen inevitables (y me refiero sólo, claro es, a los que sean intelectuales). Sus primeros trabajos se situaban en la historia de la literatura, pero los ulteriores le han llevado a la compañía de los que suelen llamarse, sin más, historiadores. El cambiar de opinión—se dice—es de sabios, pero de hecho el que lo hace suele sufrir el desvío de todos. Es posible que a los estudiosos de la literatura les parezca Castro un desertor y a los historiadores un intruso, porque la *vis inertiae* actúa sobre muchos caletres con la misma violencia que en los cuerpos más densos. Yo sospecho que el terreno al que sus averiguaciones han avvicinado a Castro es más bien el hoy ocupado por la filosofía a la altura de nuestro tiempo; es decir, el de la vida humana y sus operaciones, entendida como realidad radical, en los términos de Ortega. Pero no es esa sustancial cuestión ahora mi tema, sino tan sólo una confrontación que lleva hacia ella: la de literatos e historiadores, entre Historia y Literatura.

Los historiadores intentan explícitamente *hacer* Historia. Pero en el nivel de la cultura contemporánea, el propósito mismo se ha vuelto sobremanera problemático. Al parecer, si se pretende, a conciencia, el elaborar la historia *de algo*, entonces la tarea parece obvia: el propósito será el hacer la Historia de la Política, o de la Arquitectura, o de la Filosofía, o de la Física, de la Economía, etc. Si aquello de que se hace la Historia es una «materia» definida, el hacer su historia lo será igualmente. Sin embargo, la actual madurez de la «conciencia histórica» hace ostensible la parcialidad de esas historias. Su carácter parcial no las desvirtúa; por el contrario, permitirá situarlas mejor, pero como piezas de un todo, e insubsistentes, incluso, en rigor, ininteligibles por sí mismas. La investigación resulta así por fuerza una tarea interdisciplinaria, y la creciente boga de la perspectiva sociológica obedece a que sólo ella parece integrar a las restantes. Sin embargo, la «sociedad» es siempre la de algún grupo humano, con un nombre propio y colectivo,

fecha, pasando por «Cervantes y la inquisición» de 1930, «Erasmo en tiempo de Cervantes» de 1931, «Los prólogos al "Quijote"» de 1941, «La estructura del "Quijote"», «La palabra escrita y el "Quijote"», «"El celoso extremeño", de Cervantes», los tres de 1947; «La ejemplaridad de las novelas cervantinas» de 1948 y «El cómo y el porqué de Cide Hamete Benengeli» de 1956.

al que, en cada caso, los historiadores suelen referirse de continuo, aunque sin jamás precisarlo debidamente. Sobre este capital problema, Ortega hubiese querido redactar unas lecciones «metodológicas», a las que llamaría «Los lacedemonios», por la razón autobiográfica de que leyendo a Tucídides, «leyéndolo como es debido, por tanto, esforzándome—escribe—en entender el sentido estricto de sus palabras me irritaba, no obstante, verle decir una y otra vez *óí lakedaimónioi*, los lacedemonios (esto es, los espartanos) hicieron entonces tal cosa, o bien pensaban o sentían, etc. ¿Quiénes son los lacedemonios?, me preguntaba yo. ¿Qué había estrictamente en la mente de Tucídides cuando decía los lacedemonios?» (*O. C.*, IX, 241). Pues precisamente a ese organismo colectivo, de radio variable—los vascongados, los españoles, los europeos, los occidentales, los de una cierta época o en su entera continuidad—, es al que van atribuidos los hechos que el historiador del tema «x» investigá y enuncia. Y es claro que tales «hechos», a cuya comprensión se aspira, no son sucesos mecánicos, como la abstracta conjunción de unos astros que provoca un eclipse sobre la tierra, sino el modo singular, único, como el «hecho» en cuestión fue experimentado por los miembros—uno o varios, un «quien» o un «nosotros», pero en inevitable interacción—de esa colectividad determinada.

Por lo que hace al término *españoles*, es sabido que, al parecer, no se forja en el «interior», sino que es un provenzalismo. (Paul Aebischer: «El étnico “español”, un provenzalismo en castellano», en *Estudios de toponimia y lexicografía románicas*, Barcelona, 1948), que luego penetra es Castilla y cuya generalización será, naturalmente, lenta y quizá sólo popularmente plena tras el nacionalismo anejo al constitucionalismo político. Aunque lo esencial no es, ciertamente, la historia del uso del vocablo, sino la de la vivencia experimentada por quienes se sentían englobados por él. En ese complejo proceso, los hoy llamados portugueses tienen un papel singular, y así, por ejemplo, en relación con un armisticio entre Francia y Portugal con ocasión de la guerra de sucesión española, todavía en 1712, los mandatarios portugueses se negaron a que nuestro país figurase con el nombre de España, en el que se sentían incluidos, sino el de Castilla (Salvador de Madariaga: *Memorias de un federalista*. Buenos Aires, 1967, p. 49). El mejor recurso para salvar la constante confusión que introducen los gentilicios sería que el historiador se atuviese a denominar a las colectividades de que esté, en cada caso, tratando, en la forma en que lo hacían, respecto de sí mismas, esas comunidades humanas en cada una de las épocas sucesivas de su continuidad.

Ahora bien, de esos hechos, cuya actualidad ejecutiva se ha desvanecido y que son irrepetibles, nos quedan reliquias. De los «hechos»

históricos nos hablan sólo sus persistentes testimonios: lápidas, pactos, relatos, memorias y también la creación literaria producida en aquel tiempo. Nunca se ha negado que los testimonios artísticamente literarios fuesen «documentos» de su tiempo, pero el historiador «serio» con frecuencia los ha menospreciado. ¿Qué vale una novela ante los términos en que se concierta un tratado? Y así, por ejemplo, un ilustre antagonista de Castro, Sánchez Albornoz, le ha advertido que: «Esa devoción por las cuestiones lingüístico-literarias le lleva, por ejemplo, a destacar la aparición del tipo del pelmazo en las letras castellanas, en los *Proverbios* de Don Sem Tob y a no prestar atención a la crisis de los municipios y de las Cortes de Castilla, que tenía lugar por entonces, crisis mucho más decisiva como creadora y como exponente de la contextura vital española» (3). Pero situándonos en la perspectiva que dejo apuntada, no cabe establecer jerarquía entre los diversos «testimonios» por una razón que no sea la de su superior valor en cuanto iluminación del «quien» o del «nosotros» de las historias. Y sospecho que el valor documental que, aparte sus otras calidades, va a reconocerse en las obras literarias, se halla en notable alza; las investigaciones y tesis de Castro son buena prueba de ello, y desde hace muchos años. Pues en 1924 escribía: «Hondos problemas de orden racional y moral se descubren a través de sus andanzas [las de los personajes de la novela *Don Quijote*]. Lo estético no agota el valor de estas creaciones, densas de espíritu, cargadas de temas que en su época poseen vida y sentido, incluso fuera del dominio puramente artístico. El miedo al esoterismo ha reducido de tal modo el ámbito de Cervantes que aún observaciones bastante sencillas están por hacer. Porque en todo esto no hay misterios de ninguna clase, sino meras conexiones históricas. Parece mentira que se juzgue lícito establecer relaciones entre la lengua de Cervantes y la de otros documentos de la época y que en cambio se juzgue impertinente averiguar la paridad que pueda haber entre su alfabeto ideal y el de las gentes de su tiempo» (en «Cervantes, pensador», *Revista de Occidente*, noviembre 1924). Y en perfecta continuidad de propósito, enriqueciendo sus temas y logrando suscitar inesperadas novedades, la labor de Castro de entonces a la fecha no ha hecho sino intentar cumplir ese programa. Y con singular continuidad, según al comienzo dejo señalado, en torno a Cervantes y sus criaturas.

(3) En *Espanoles ante la historia*, Buenos Aires, 1958, p. 249. En otro lugar he escrito, y perdóneseme el reiterarlo, que en la penosa y fructuosa polémica que ha enfrentado a estos dos maestros «los contendientes aciertan más en lo que afirman, de acuerdo con sus propios conocimientos e intuiciones, que en lo que reprochan a su oponente, al que, a veces prestan, con vehemencia excesiva, lo que no se halla tan claramente en sus páginas», después de su distanciamiento (en «El sujeto de la historia. En torno a la tarea desmitificadora de Américo Castro», reimpresso en *Ejercicios intelectuales*, Madrid, 1967, p. 129).